

la flor de los argivos. Fue cuando el vate pide otro recurso, más tremendo que la tempestad, alegando que es voluntad de Artemis. Los dos atridas, al oírlo, golpean la tierra con sus regios cayados y son impotentes para retener las lágrimas.

Ant. 3a.—Entonces el mayor de los dos príncipes grita con voz potente: "Pesado y duro es no acatar..., pesado y duro que a la que es de mi hogar rico tesoro, a mi hija, yo mismo ante el altar la inmolé maculando mis manos paternas con los chorros de su sangre virginal... ¿A qué extremo resolverme que no sea un infortunio? ¿He de ser desertor? ¿Dejaré a mis aliados? ¿Si el sacrificio de esta doncella ha de aplacar los vientos ávidos y ardientes en su anhelo..., bien puede ser!

Est. 4.—Vencido por el hado necesario cayó bajo su yugo y su mente mudose: nefando, impío, cruel espíritu lo invade. Formula en su alma decisión osada y tenebrosa. ¡Ay, cuando a los mortales domina la locura persuade a empresas de sacrilega osadía! Tiene el atrevimiento de trocarse en sacrificar de su propia hija. ¿Todo por qué? ¿Para sostener la empresa que va a rescatar a una mujer afrentosa, y para abrir el camino a la flota que va a ello!

Ant. 4a.—¡Sus ruegos, sus clamores a su padre, su misma edad virgínea..., nada fueron para esos capitanes anhelosos de guerra! Invoca él a los dioses, hace seña a los siervos y, cual cabrilla misera, en sus ropas envuelta, la pone sobre el altar. Ella, renuente, a la tierra tendía, más vuelta al cielo, con mordaza en la boca para que no maldiga a los suyos.

Est. 5a.—Brutal y potente la domina. Rodó por tierra su ropaje azafrañado, y con hondas miradas lastimeras parece hablar y suplicar a los que la tienen aferrada, pidiendo compasión. Es una estatua que por hablar se esfuerza... Ella, que en los festines de su padre solía cantar cuando llegaba la libación tercera, doncella de varón no conocida, canta el himno de alabanza en que impetraba larga vida para su padre amado.

Ant. 5a.—Lo que siguió después, ni vi, ni decir quiero. Jamás fue vano el arte de Calcas! La Justicia da instintos a los que han sufrido para que puedan penetrar el porvenir. Cuando el día llegue, todo quedará claro. Evitarlo nadie puede. Déjese realizar a su hora y necio fuera gemir antes de tiempo... Cedan en bien estos oráculos, como es el anhelo de la que se acerca y que para la tierra de Apis es el apoyo y la defensa única.

Sale Clitemnestra.

Coro.—Llego a vener tu poder, oh Clitemnestra. Que justo es rendir acatamiento a la esposa cuando el esposo está ausente del trono.

¿Tienes acaso nuevas favorables? ¿O es la esperanza de tenerlas la que te ha movido a disponer sacrificios? Gozoso lo supiera yo, pero si guardas silencio, me resigno.

Cl.—Sea la aurora dulce mensajero hija de una noche dulce, como el proverbio dice. La noticia que oirás sobrepasará tus esperanzas. Los argivos han tomado la ciudad de Príamo.

Coro.—¿Cómo dices? ¿No lo entiendo..., es increíble!

Cl.—Que Troya es de los aqueos, ¿no hablo claro?

Coro.—¡La alegría me avasalla, me arranca lágrimas!

Cl.—Bien lo denuncian ya tus ojos mismos que tal es tu sentimiento.

Coro.—Pero, ¿qué segura señal de esto tienes?

Cl.—Hay..., ¿cómo no?... ¡A no ser que un dios me engañe!

Coro.—¿No estás rindiendo culto a los fantasmas de un sueño?

Cl.—De mente adormecida no recibiera las noticias...

Coro.—¿No será el soplo de un rumor inseguro?

Cl.—¿Piensas tú que cual un niño yo discurro?

Coro.—¿Desde cuándo la ciudad fue conquistada?

Cl.—La misma noche de que nació este día.

Coro.—Y, ¿quién tan veloz pudo venir con el mensaje?

Cl.—Efesto. Desde el Ida lanzó su luz radiante. Y en carrera de fuego, una tras otra, fue encendida la fogata mensajera hasta llegar acá. Del Ida al roquedal de Hermes en Lemnos, y desde allí la luz anunciadora llegó hasta el monte Atos, sacro para Zeus, como tercera etapa. Saltó sobre el mar mismo en vigoroso empuje la antorcha reluciente como un sol y su nuncio de gozo alcanzó a llegar a la roca de atalaya de Maquiste. No fue remisa la montaña, que ningún mensajero sabe sucumbir al sueño y envió su nueva a través del Euripo hasta llegar a Mesapio. El que allí estaba en guardia, velozmente acumuló un montón de secas hierbas y les prendió fuego. La resplandeciente llama salvó la llanura de Asopo, cual si fuera luciente luna y fue a despertar en Citerón otro pregón de fuego viajero. El atalaya diligente transmitió el mensaje luminoso prendiendo una hoguera más potente que todas. Trasmitida por sobre el lago Gorgopis, la claridad llegó a Egiplanto y movió a los guardias a no retardar la noticia luminosa. Encienden una fogata enorme y lanzan su pregón de llamaradas que va en vuelo rápido a iluminar el remoto promontorio que vigila sobre el estrecho de

Sarónica. Corre la luz y alcanza el monte Aracne, ya en cercanía de Argos, y viene al fin a dar sobre el palacio de los atridas la luz gozosa que nació en el monte Ida. Ese fue el plan que yo fijé a los lampadóforos. Uno trasmite a otro la luz mensajera y obtendrán la victoria el que inició el fuego y el último que ahora nos lo trae. Es la señal que mi esposo me envía de la lejana Troya.

Coro.—A los dioses al punto voy a rendir mis preces. Pero oír estas nuevas y ponderarlas quisiera perpetuamente..., ¡dínos de nuevo la noticia grata!

82 Cl.—¡El día de hoy los argivos dueños son de Troya! ¡Ya creo oír los clamores que nunca se confunden...! Si en un vaso aceite con vinagre mezclar quisieras, tendrías que afirmar que son enemigos entre sí: el uno del otro se separa siempre. Eso mismo es allí: los vencedores no se pueden confundir con los vencidos. Diversas son sus voces, como son diversos sus destinos. Unos, derribados por tierra, se abrazan a los cuerpos de sus maridos, de sus hermanos, y los niños, de los de sus ancianos padres y, ya ellos mismos esclavos, llorando están la muerte de los seres que amaron. Eso unos: los otros, que en noctívaga carrera anduvieron por la ciudad, acosados ahora por el hambre, se atumultan cerca de donde está lo que la ciudad puede ofrecer para saciarla. Ningún signo de orden, ningún signo de categorías, cada uno como puede, en las casas de Troya se introduce y pone su refugio. La suerte es la que reparte hogares. ¡Libres, al fin, del hielo y del rocío, y de las desdichadas guardias nocturnas, pueden dormir toda la noche, sin brete ni temor...! ¡Ah, pero que respeten y rindan acatamiento a los dioses de la ciudad vencida y sus santuarios... que de no, los conquistadores de hoy serán los conquistados de mañana... ¡No, no culpable anhelo les domine de posesionarse de lo que no deben! ¡No por la sed de la victoria enloquecidos, se abalanzaran a sacrílegos saqueos...! Tienen que desandar la pista y volver a la meta: la parte que ahora hicieron, fue la mitad del curso: deben retornar incólumes a su hogares. Y más aún..., si libres de maniobras sacrílegas a sus hogares vuelven..., el mal que los muertos hicieron puede brotar de la tierra..., y vendrán las desgracias incubadas en la sombra futura, si las de ahora fueron evitadas.

Mujer soy. Esos son mis pensamientos... ¡No, no, que la ventura nos baña! Yo lo mejor, entre lo bueno, escojo.

Coro.—Eres mujer, pero tu pensamiento tiene valor de un pensamiento sabio. Ya tus datos oí: seguros son. Me dispongo a dar culto a los dioses: ¡como fue la amargura, es la alegría!

Coro.—¡Oh Zeus, oh noche amiga, dominadora de tan altas riquezas... Una red irrompible lanzasteis sobre Troya... Nadie, ni

joven ni viejo, podrá evadir la esclavitud. El infortunio a nadie es indulgente. Cautivos son!

A tí mi culto rindo, oh Zeus amparador de los huéspedes, tremendo numen. Tenso su arco tuvo contra Alejandro. No quería herir sin garantía segura..., ni fallar el tiro, ni perderse en las nubes, con un inútil vuelvo hacia los astros.

Est. 1.—De Zeus el golpe vino: bueno es llegar hasta la fuente misma: su destino fijolo el mismo Zeus. Hubo quien negar pudo que los dioses intervienen en los hechos humanos de los mortales miserables que huellan sin respeto ninguno las cosas sagradas. ¡Así los impíos hablan! Patente ha quedado a sus negadores: a los que fiados en la opulencia se atreven a negar la majestad divina. La medida mejor es la moderación. Tengamos bienes que no nos sean nocivos y que para el sabio son suficientes... ¡No hay fortaleza que defender pueda a aquel que de sus riquezas embriagado, da un puntapié al altar de la Justicia...! ¡No podrá medrar nunca y será la ruina su destino!

Ant. 1a.—La injusta persuasión le hace violencia con sus malos consejos. Hija, al fin, del principio de locura, y nada hay ya que pueda remediar su desdicha. El mal causado aparece luego; hay funeral brillo que a todos los denuncia. Como moneda que con el roce descubre su falsedad, dando a conocer el metal espurio de que fue hecha, descubre el malo su inútil fondo. Y se muestra cual niño que loco ha perseguido un pájaro que vuela..., pero es para su ciudad fuente de males funestos. ¡Qué dios habrá que pueda dar oídos de un hombre que en esos crímenes se aniega y como criminal va a la total aniquilación? Eso hizo Paris: como huésped fue admitido en casa de los atridas y manchó la mesa de su huésped y aun mancilló tu tálamo, hurtándole a la esposa.

Est. 2.—¡Qué deja ella a sus conciudadanos? ¡Turba de broqueles que entrechocan, de lanzas que se blanden y se rompen, barcas que habrán de armarse...! Y, ¡a Ilión qué lleva? ¡Como dote nupcial la ruina y la muerte! Y así sale por una puerta que jamás debió haber franqueado... Los palatinos agoreros alzaron sus lamentos por la casa: "¡Guay, guay, palacio, palacio y príncipes...! ¡Guay esposa que traiciona su tálamo para seguir los pasos de un amante...!"

Ya está a la vista el humillante silencio que a vituperar no se atreve y que tortura el corazón del marido con el ansia de la que ha pasado los mares y ambula aún por el palacio como la obsesión de un fantasma. El esplendor de las lindas estatuas es ya odiosa al marido: totalmente huyó Afrodita de las cuencas vacías de sus ojos.

Ant. 2a.—La mirá en sueños, sí, pero sus apariciones le son dolorosas... fugaces pasan y son vanidad pura... ¡Cuán vano es estrechar con los brazos al ser amado que dicha ofrece en la ficción del sueño! Esa es la amarga desdicha de los domésticos lares; esa y aún peor y más funesta... La Hélade toda de duelo. Ausentes de sus hogares los guerreros, la pesadumbre domina a todos: un incisivo pensamiento acribilla los corazones: cada uno recuerda el semblante amado del que partió... en su lugar regresarán sus urnas funerales y las cenizas yertas dentro de ellas...

Est. 3.—Ares el que trafica, el que hace cambios, y tiene su vuelve desde Ilión a los que aman un puñado de cenizas empapado balanza en la contienda para cambiar los cuerpos por cenizas, de en lágrimas, resto final mísero de la pira. ¡Hombre vieron partir: vuelven cenizas escasas y holgadas en la urna! Se alza el llanto en la alabanza de los guerros: éste que fue valiente y diestro en la contienda, aquél que sucumbió con gloria en una tremenda lucha... y ¡todo por una mujer ajena que nada le tocaba! Hay quienes con recato murmuran silenciosos y un enconado dolor se yergue contra los atridas vengadores. Cuantos hermosos cuerpos quedaron allá en torno de los muros de Troya en su suelo funesto: una tierra enemiga se adueño aun en la muerte de los vencedores.

Ant. 3a.—¡Terrible es la murmurante inquina de un pueblo que se siente airado: han de pagarle la deuda de su encono! Estoy en temores presagiando algo misteriosamente oculto: los dioses no descuidan de seguir con su mirada a los que mucha sangre han derramado y al fin las negras Erines a quien contra justicia salió prósperamente victorioso, lo aniquilan. ¡Cuán peligrosa es excelsa fama: el rayo de Zeus se descarga sobre las cabezas enhiestas! Lo que juzgo mejor es pasar la vida sencilla, sin envidiar tesoros: nadie ese estado ansía... Nunca ser de ciudades destructor, pero tampoco, estar sujeto a los caprichos de un victorioso.

Coro.—Ya el anuncio del fuego rápido la ciudad invade. Pero, ¿será verdad? ¿No será una ilusión forjada por los dioses?

¡Qué infantil es el hombre: fácilmente se inflama con la esperanza de su dicha...! ¿Un anuncio que el fuego nos trasmite? Y, si las nuevas son contrarias, ¡qué amarga será la decepción! ¡Mujer, mujer, al fin... más aplaude el deseo que la realización! Fácil en creer femineo juicio, con qué celeridad se desliza en fantásticas ilusiones! ...y, ¡cuán pronto se deshacen las novedades que andaba pregonando!

Llega Clitemnestra.

Coro.—¡Sabremos ahora todo...! Si es verdad la cadena de antorchas, o si estamos siendo todos juguete de un sueño... Allá por

la playa veo avanzar un heraldo con una rama de olivo que su frente cubre. Sí, el polvo, hermano del fango, me sirve de criterio de certeza. No es ahora un mensaje mudo del fuego: voy a saber la verdad de labios de hombre. Reserva, sin embargo: ¿Habremos de soltar nuestra alegría sin límites? O ¿quizá lo contrario ha sucedido...? Lejos, mal pensamiento... Sea para dicha y bien y corone el éxito ya anunciado. ¡Nadie lo contrario anhele, y si lo hace el fruto de su crimen caiga sobre él!

Llega el heraldo.

Her.—¡Oh tierra de mis padres, oh tierra argiva... diez años hace que he estado privado de tu luz...! ¡Ah, cuántas frustradas esperanzas, pero esta se ha cumplido! Poder morir y ser sepultado en tierra de Argos... ¡lo deseaba yo tanto...! ¡Oh, salve patrio suelo; salve luz del sol esplendoroso y tú Zeus soberano, rey de esta región que velas de la tura, y Apolo, dominador de Pito, arquero que ya no reserva para nosotros sus dardos...! Ah, si junto a las riberas del Escamandro pudiste ser para nosotros adverso y belicoso, sé ahora, al menos, salvador y medicador nuestro! También invoco a los dioses todos que esta ciudad protegen y en especial a tí, Hermes, feliz heraldo y amparo de los heraldos. Y a vosotros, semidioses que patrocinasteis la partida de la flota... ¡escapado de la lanza fatal acogedme!

Y tú, regio palacio, mansión de mis soberanos, y vosotros, sitios venerados, imágenes divinas que el sol baña... guardad esos fulgores para dar la bienvenida al rey que regresa después de tan larga ausencia. Viene el príncipe Agamemnón, cual luz en medianoche para nosotros, para vosotros todos. Dadle la alegría del saludo, como lo merece. La azada justiciera fue de Zeus, pero el rey fue el autor de la obra de derrumbar los muros de Troya. El desoló su tierra, abatió sus altares, con sus templos y pereció todo el linaje de ese país. ¡Qué yugo ha impuesto al cuello de Troya el rey que regresa, el mayor de los atridas! Es el héroe más digno de honores de cuantos son los mortales que hoy están en el mundo. No podrá Paris jactarse, ni la ciudad misma de que el castigo quedó inferior al crimen. ¡Delinquiró por raptó, delinquiró por robo... se le fue el botín de las manos y arrastró la ruina a la ciudad y la casa paterna consigo! Doble pena pagaron los hijos de Priamo.

Coro.—Heraldo de los aqueos que están en el frente de combate, bienvenido seas.

Her.—Lo soy, y en qué grado, ¡ya pueden quitarme los dioses la vida!

Coro.—¿El amor del suelo patrio te agobiaba?

Her.—Como que se han bañado de lágrimas mis ojos con el gozo de verlo.

Coro.—El mismo mal que a nosotros os urgía.

Her.—¿Cómo? ¡Enséñame a comprender la palabra enigmática!

Coro.—¿Deseo tenías de quien deseaba veros!

Her.—Dices que esta tierra deseaba al ejército que la deseaba.

Coro.—Tanto que el corazón hacía salir afuera el dolor oculto, lanzando gemidos.

Her.—Y, ¿qué origen tenía un dolor tan amargo?

Coro.—¿Ha tanto tiempo, ay, que tomo el callar como remedio!

Her.—Y, ¿qué? ¿Ausentes los reyes, tenías temor de alguno?

Coro.—Como ha poco decías, también la muerte fuera para mí la mayor gracia.

Her.—¡Ah, bien se ha cumplido! Todo lo que por largo tiempo se prolonga es origen de bienes y de males. ¿Quién, si no son los dioses, está a salvo del infortunio en una duración eterna? ¿Tendría yo que decirlo la agobiante fatiga, las noches de desvelo al descampado, los estrechos recodos en que yacer debíamos sobre el duro suelo? ¿A qué hora del día no teníamos motivo de lanzar gemidos y proferir lamentos? Y en el país mismo, peores molestias. Acampados junto a los muros enemigos, del cielo y de la tierra nos llovían males. Rocío de arriba, humedad de abajo, impregnaban nuestras ropas y congelaban nuestros hirsutos cabellos. ¡Y los inviernos duros que matan a las aves, con su nieve insufrible que desde el monte Ida baja. Y el ardiente estío, entorpecedor que, al mediodía hace al mar mismo caer en letargo, rumorante apenas, adormecido en su oleajes! ¿A qué todo esto recapacitar dolorido: todo ha pasado, trabajo y dolor! ¡Sí, pasó para siempre: no hay ya medio de que los muertos se levanten! ¿Qué se gana con contar a los muertos y al que está vivo amargarle el alma con la memoria de la infausta fortuna? Lo que yo juzgo debido es decir mil despedidas a las desdichas de la suerte. En cuanto a los argivos que hemos sobrevido del ejército, lo que ganamos sobrepasa a las penas que sufrimos, venciendo la balanza. Demos, entonces, el homenaje de alabanza, a la faz de este luciente sol que vuela sobre tierras y mares: Vencedor de Troya el ejército de Argos ha suspendido estos despojos como una ofrenda votiva a los dioses de la Hélade, digno trofeo de su victoria. Esto debe difundirse y que la ciudad entera celebre a su capitanes en tanto que rinde su veneración a Zeus por la total victoria. Tienes ya todo mi mensaje.

Coro.—Vencido estoy por tus palabras, no lo niego: conocer

bien las cosas en un perpetuo anhelo viviente en los viejos. Estas noticias atañen principalmente a esta palacio y a Clitemnestra, pero también a mí enriquecen.

Clit.—Ya lancé alaridos de regocijo antes, cuando llegó el mensaje de las llamas rompiendo la noche para anunciar la ruina de Ilión. Y entonces, alguno me decía reprendiéndome: “¿Convencida por las hogueras te muestras segura de que Troya ha caído...? ¡Muy de mujeres es echar a volar el pensamiento!” Con tales palabras, se me juzga una ilusa. Y a pesar de eso, yo ordené sacrificios, y según el uso, los gritos de las mujeres resonaron por la ciudad entera, en especial en los templos de los dioses, donde la perfumada llama devoraba ondulante las víctimas. Pero, ¿qué necesidad tengo yo ahora de que tú me hagas mayores relatos? ¡Todo lo conoceré de labios del rey mismo! Ahora es mi deber recibirlo lo mejor que yo pueda. Al venerado esposo que regresa a su hogar. ¡Qué resplandeciente alumbra el sol para una mujer que abre las puertas cuan anchas son para acoger a su esposo que los dioses salvaron en la guerra! Ve, pues y da este mensaje a mi esposo: “Que se apresure a llenar el anhelo ardiente de la ciudad! Que llegue a hallar en su hogar, tal como lo dejó, a una esposa fiel, perra guardiana de su casa: para él adicta y sumisa; feroz para sus enemigos. La misma totalmente, que ni un ápice ha descuidado durante su larga ausencia los tesoros que se le confiaron, ni roto sello alguno de sus reservados. Y en cuanto al placer adulterino, o la ligera sospecha de él, es para mí tan conocido como el arte de teñir el bronce.” Estas palabras jactanciosas plenas de verdad están muy en su sitio en labios de una mujer de alcurnia.

Coro.—Ella habló para tí, si tienes juicio, un discurso muy al caso, para quien tenga sentido de inteligencia. Pero, heraldo, dime: ¿Qué fue de Menelao? Saber quisiera si se conserva incólume, y si también regresa el rey amado a su país.

Her.—¿No pudiera forjar para mis amigos hermosas mentiras: muy poco os durara el fruto...!

Coro.—¿Cómo hacer? ¡Sea dichoso y verdadero lo que puedas contarnos! Una alegría mendaz es deleznable.

Her.—El hombre del ejército de argivos él y su armada se perdieron. Esta es la verdad.

Coro.—¿Partió de Ilión antes de vosotros? ¿Lo separó el huracán en la travesía?